

*El poder de primavera...*

El silencio de los hospitales por la mañana, muchas veces se torna en frío, soledad y miedo. Los ruidos secos de las puertas duras de los ascensores, las agudas voces a distancia, que tan solo parecen repartir ordenes hacia todos lados y las camillas, que extrañan una caricia de grasa entre sus ruedas, se empeñan en recordarnos nuestra asfixiante condición de enfermos cuasi presos.

Por la ventana del cuarto de hospital, aquella mañana solo se veía el jardín entre las penumbras del primer sol, en el tramo final de un invierno que había sido demasiado largo. Y en el jardín del hospital, el enigmático jardinero, recortado en una nítida sombra negra, con una rodilla en el suelo y haciendo un hueco, enterraba unas ramas convertidas en gajos, con la esperanza de que algún día floreciesen. Primavera... ¡Qué lejos estás!

Solo nos queda esperar que las manecillas del reloj no avancen y que el tiempo, se congele. Pero cuando el camillero del quirófano nos señala con su mirada penetrante y nos pregunta si somos “fulano de tal”, el corazón sufre un vuelco y pareciese que ya nada se pudiese hacer, como ante la sentencia inapelable de un Tribunal Supremo. Y la angustia que siempre acompañó a los que caminan al cadalso, suele parecerse demasiado a la que se encarama a nuestra camilla y se empecina en escoltarnos, camino del quirófano.

- *No estoy a gusto con lo que hago, no estoy a gusto donde vivo y no estoy a gusto con mi marido. Pero lo peor es que no sé como cambiar mi vida. Estoy cansada de cada día, con más y más de lo mismo...* – decía la enfermera Rosa a su compañera, mientras limpiaban el instrumental quirúrgico en la pileta del largo pasillo de azulejos blancos, del quirófano.
- *Tenés que ser más moderna y darte cada tanto, un gusto, como hago yo* – le contestó muy picara la otra, guiñándole un ojo y sonriéndose, con aires de femenina suficiencia.
- *Y, si... creo que tenés razón. Un gusto cada tanto ¿A quien le puede hacer mal, no?* – dijo pensativa Rosa, interrumpiendo la tarea en la que se encontraba ocupada.
- *El gusto, tarde o temprano se vuelve llanto...* – acotó resignada Leonor, desde la camilla en la que esperaba su turno para ser operada, involuntaria testigo de lo que hablaban entre sí las enfermeras.

Las dos asistentes dieron vuelta sus caras, sorprendidas. Se habían creído solas, pero el camillero les dejó a la paciente, sin avisarles. Leonor se sorprendió del efecto de sus espontaneas palabras y se quedó inmóvil. Como una brisa apresurada, pasó por su mente el temor infantil a ser mal atendida por las enfermeras, especialmente por aquella que acababa de contrariar. – *El comedido, siempre sale mal* – solía repetirle su padre cuando ella, era una pequeña parlanchina, allá en su ciudad natal del interior del país. Y ella nunca lo había olvidado, salvo esa mañana.



Pasaron cinco, diez, quince... veinte minutos y Leonor, se relajó esperando. Y mientras mantenía sus ojos cerrados, procurando no pensar, la camilla se puso en movimiento con un brusco sacudón, sorprendiéndola. Era Rosa quien la trasladaba hasta el quirófano, mientras enfermera y paciente se miraban a los ojos en silencio, como viejas conocidas.

El quirófano era una mezcla de luces tan potentes como un cielo claro, gente cubierta de gorros y ropas redundantes sin elegancia, tubos altos, columnas más altas y aparatos muy extraños, con números titilantes y luces que sumaban. La curiosidad de Leonor solo duró unos instantes, pues volvió a cerrar sus ojos y se dejó hacer... como aquella vez que a los ocho años se subió al tren fantasma y también cerró sus ojos, para no mirar. - *No te va a pasar nada, no hay nada ni nadie que te quieran hacer daño* – le parecía escuchar a su papá decir, pues ella daba vueltas y vueltas en su cama cuando niña, con tal de no dormir sola y de no tener que aguantar la oscuridad.

Con una máscara le cubrieron el rostro, mientras una brisa le penetraba el cuerpo con su gusto a remedio y a metal. El miedo y la angustia desaparecieron de golpe. También las fuerzas de sus manos y sus brazos... y al final, se apagaron los ruidos, las voces y las luces. Solo la oscuridad de la nada.

Nada se movía, la oscuridad era implacable, luciendo como una noche sin luna, como si la misma vida se hubiese olvidado que existía ese lugar. Solo nada y oscuridad, en las fronteras más allá del sueño, donde la oscuridad se torna impalpable, o menos perceptible aún que las sombras suaves cayendo sobre la piel.

La nada sin tiempo y sin tiempo para nada. Flotando suave en ese tiempo sin tiempo. Toda la oscuridad del universo junta, descargándose en un fin del mundo interminable. ¿Cómo calcular el tiempo, cuando acaba de pasar sin pasar, el último grano de arena del reloj antiguo, inmerso en la oscuridad más absoluta?

- *Amanezco... y yo, ni siquiera estoy conmigo* – piensa Leonor y traga saliva con dificultad - *Todo es desorden y de nada me han servido aquellas cosas que he aprendido en tantos años. ¿Cuánto hace que duermo? Mis ojos iluminan las sabanas y los extraños tubos que ahora me rodean ¿Qué pasó?*
- *Que suerte que ya está mejor* – me dice una enfermera, mientras me higieniza y luego, agrega en un suspiro – *fueron muchas semanas en coma* - No le quise preguntar, pero creo... o me parece, que se refería a mí.
- *Estoy en una cama desde la cual puedo ver el jardín del hospital* – me repito las cosas a mi misma, para tratar de reencontrarme - *Afuera el sol inunda de colores vivos todo el mundo, que siguió rodando igual que siempre, mientras yo dormía. Reconozco al gajo del jardinero, que ha florecido con firmeza, exuberante ¿pero... cuanto tiempo estuve en coma, entonces...?* – se pregunta Leonor, sin encontrar respuestas - *¿Cuánto tiempo sin hacer nada...!* – exclama con angustia.

Y una mañana bien temprano, se encendió la magia en el frío hospital. Rosa la enfermera, se acercó en puntas de pie hasta la cama de Leonor. La tomó de las manos y en el silencio temprano del hospital, le susurró muy cerca del oído: - *Gracias Leonor, vos salvaste mi vida y mi matrimonio... Aquel día, cuando te operaron, las palabras que me dijiste antes de entrar a la sala de operaciones... me hicieron*



*recordar a mi madre. Tenía mucho miedo de no poder agradecértelas – y unas caprichosas lágrimas de amor cayeron rodando, entre las incipientes arrugas de la enferma y también de la enfermera. No hacían falta más palabras...*

Leonor miró la pequeña parte del jardín que podía ver y se sonrió. Afuera, un rosal había germinado y adentro, otra Rosa volvía a florecer. La Primavera, el tiempo del buen tiempo, el color de los colores... había alejado la nada y el oscuro.

*fin*